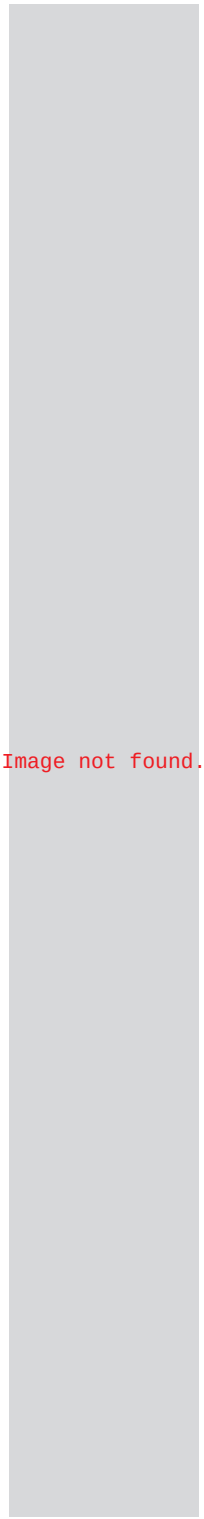
La Promesa del Árbol

Germán Pablo Valcarce González



Capítulo 1

Pablo estaba en el medio y medio del aeropuerto sin saber muy bien porque sus pasos lo habían llevado hasta allí; bueno en realidad si que lo sabia pero prefería no pensar mucho en ello. Sus únicas posesiones eran un viejo reloj de su abuelo, un anillo que le había regalado su padre, una vieja máquina de escribir que llevaba en la mochila junto con un montón de folios, su fiel libreta azul y un estuche lleno de lápices. Tenía mil y una oportunidades. Mil y un encuentros. Mil y una noches. Mil y un países que ver. Existían un montón de destinos y posibilidades a donde ir y a donde embarcarse pero en el fondo ya sabía a donde quería ir. A donde quería ir para desaparecer y olvidarse de todo hasta que una voz conocida lo quita de sus pensamientos haciéndolo girar.

Unos días antes Pablo se encontraba en el desván de su casa escribiendo en su vieja maquina de escribir. Su editor necesitaba a tiempo la próxima historia y Pablo llevaba unos cuantos días bloqueado sin saber muy bien que escribir. Hoja que se ponía a escribir, hoja que acababa después en la papelera. No era capaz de avanzar en la próxima aventura y eso la verdad es que lo frustraba bastante; aunque también es posible que estuviera en ese estado de bloqueo mental porque hacía más de una semana que no salía de desván. La verdad comenzaba a aparecer en su rostro y nadie diría que tenía veinticinco años, mas bien le echarían más de treinta; sin contar que el pelo llevaba meses sin cortárselo. Es decir, estaba hecho un desastre y encima no se daba cuenta de cual era el problema por mucho que lo tuviera delante de sus narices. De repente un fuerte ruido lo saca de sus pensamientos. Había empezado a llover y las gotas de lluvia golpeaban contra los cristales. Miró la hora en el viejo reloj de su abuelo. Eran las diez de la mañana pero parecía que era completamente de noche. Lo que no sabía era que día era. Había perdido la cuenta de los días que llevaba ahí en el desván y el agua; unas simples gotas de lluvia que no hacen daño a nadie, lo habían sacado de su letargo. Por primera vez en día se había dado cuenta de que tenía que salir de aquel lugar. Se le estaba embotando la mente y no era capaz de que las ideas fluyeran por los ríos de su cabeza.

Dejó todo cuanto estaba haciendo y bajó por las escaleras hasta su piso para meterse directamente en el baño a darse una buena ducha. El agua lo iba a seguir despertando poco a poco. Mientras se duchaba comenzó a afeitarse dejando una pequeña perilla y un ligero bigote. Cuando salió de la ducha el reloj marcaba las once de la mañana. Un buen desayuno mientras enciende la tele dándose cuenta del día que era. Era el 10 de Diciembre. ¿De que le sonaba? Sabía que ese día pasaba algo en concreto, pero era incapaz de recordar qué. La memoria a veces te juega malas pasadas, desde luego que si. Ya se acordaría, pero cuando pasaban

este tipo de cosas realmente lo frustraban bastante.

Pantalón vaquero, camiseta blanca, jersey de cuello alto y una chaqueta gris. Coge el paraguas, y saliendo se cruza con su vecina a la que sonríe amablemente ante la cara de sorpresa de esta última al verlo por fin. En ese momento se acuerda de lo que pasaba aquel día. Y todo por ver a su vecina la cual era rubia. Claro. Era el cumpleaños de Helena. Helena había ido con él al colegio y también era rubia, de ahí que se acordase. Hacía años que no sabía nada de ella pero se seguía acordando de su cumpleaños y también del secreto que le estuvo guardando. Y que seguía guardando. ¿Qué habría sido de ella? Tenía que intentar averiguarlo. Pero el problema era cómo conseguirlo, ya que si quería felicitarla en el plazo de ese día le quedaban apenas doce horas para hacerlo.

Cuando se quiso dar cuenta se encontraba ya caminando por las calles con el paraguas en la mano. Sin darse cuenta los ríos de su mente habían empezado a fluir sin su permiso y habían llevado la información a sus piernas para ir al mejor lugar donde buscar: la radio local en donde trabajaba uno de sus amigos de la infancia y que también había conocido a Helena.

Una vez dentro de la radio buscó por todos lados a su amigo hasta que este apareció.

-Pero mira a quien tenemos aquí, ¡el famoso escritor Artul Williams!

-Luis, si se llama pseudónimo es por algo, no me lo gastes por favor.

-Vale ¿Qué te trae por aquí? ¿Al fin has decidido concederme esa entrevista o es que ya no tienes inspiración?

-Más bien lo segundo, aunque he venido por otra cosa.

-Soy todo oídos, dime

-Me gustaría encontrar a Helena.

-¿A Helena? ¿Helena la chica rubia de nuestra clase? ¿Y se puede saber por qué?

-Porque hoy es su cumpleaños

-¿En serio? Joder, si que tienes una buena memoria, como para acordarte de eso. Pues la verdad es que no se ahora mismo donde esta. La última información que tengo es que se había ido de aquí a estudiar a otro sitio.

-Bueno, algo es algo, y es un lugar por donde empezar.

-¿Y ahora la entrevista?

-Eso se conoce como encerrona

-Eso significa que aceptas

-Eso significa que vas a tener que seguir intentándolo

Sin decir nada más, Pablo abandono la radio comenzando a caminar de nuevo por las calles. La verdad es que mucho no tenía por donde empezar aunque siempre podía recorrer viejos lugares en los que solía estar con Helena, a lo mejor así le venía alguna pista sobre cómo poder encontrarla. Comenzó a caminar y la primera parada fue el viejo parque donde solían ir después del colegio. Una lástima que aquel parque de tierra ahora fuera de hierba artificial y estuviera totalmente reformado. Pablo comenzó a caminar por aquella estructura tan extraña para él intentando visualizar algo que lo hiciera recordar aquellos tiempos en los cuales jugaba en la tierra, y lo único que le venía a la mente era un enorme charco de agua debajo de los columpios y a dos niños jugando a comprobar quien era capaz de tocarlo. Si tanto le gustaba el agua, ¿estaría en un lugar con lluvia? Tendría que seguir pensando, por lo que sus piernas volvieron a ponerse en marcha. Esta vez hacia el viejo colegio. Y tan viejo que ahora mismo estaba en la mas absoluta ruina y abandonado. Una autentica lástima, pero así era. Aquí era donde le había contado aquel famoso secreto que todavía guardaba aunque ahora mismo no tenía sentido ninguno que lo siguiera haciendo puesto que ya habían pasado muchos años desde aquello. Tan en ruinas se encontraba que no merecía la pena ni entrar en ese viejo edificio, por lo que solo le quedaba un lugar al que ir: el árbol de la promesa, como lo habían bautizado.

Cuando tenían diez años se habían hecho una promesa sentados bajo aquel árbol: si cuando tuvieran ambos veinticinco años no estaban de novios intentarían estar juntos. En todos estos años Pablo había tenido numerosas relaciones, pero todas habían acabado mal. O bien porque ella se iba o bien porque le ponían los cuernos; pero a pesar de todo siempre se acordaba de aquella promesa. ¿Será que siempre había estado enamorado de Helena? A lo mejor hasta era posible. A medida que iba pensando en estas cosas se iba dando cuenta. Era diez de Diciembre. El cumpleaños de Helena. Ese día cumplía veinticinco años ella. La segunda parte de la promesa tenia que ver con este día. Las palabras de Helena retumbaron en sus oídos como si las estuviera escuchando en ese momento.

"Después de mi cumpleaños vendremos aquí al árbol durante tres días a

buscar al otro y si no esta es que esta con otra persona."

Había vuelto a llegar a su destino sin darse cuenta de ello, pero allí, bajo el árbol, no había ninguna chica rubia. Habían pasado quince años. Seguramente ya ni se acordaría. Él se había acordado de pura casualidad por lo que dudaba que ella se acordara, y más si como había dicho Luis se había ido de la ciudad. De todas formas no perdía nada por estar allí. Pablo permaneció horas debajo del árbol con el paraguas en la mano esperando que aquella chica rubia de su infancia apareciera, pero no hubo manera. No apareció. Quedaban tres días mas, era cierto, pero dudaba que apareciera.

Ese día Pablo pasó una mala noche. No había conseguido cumplir su objetivo de felicitar a Helena el día de su cumpleaños, y se encontraba desanimado. Se levantó de la cama y puso en marcha la música en el ordenador. La quinta sinfonía de Beethoven sonaba a toda potencia mientras Pablo se ponía a limpiar la casa para luego subir de nuevo al desván a seguir escribiendo, porque alguna idea más le había surgido. Si es que al final el salir de aquel desván había sido buena idea. Otro día había pasado pero esta vez Pablo no fue al árbol. Quedaban dos días y en la mañana del segundo día una llamada lo despertó a las diez de la mañana. Era Luis. Medio dormido aun cogió el teléfono.

-¿Qué quieres?

-Al fin te encuentro. Acabo de hablar con Miguel, dice que ha estado hablando con la antigua gente de clase para organizar esta noche una cena. A lo mejor ves a tu amada

-¿A mi amada?

-Vamos Pablo que sé que siempre te ha gustado Helena, y no es para menos, siempre ha sido muy guapa. Una vez me enrollé con ella, pero lo nuestro no cuajó.

-Voy a hacer como que eso no lo he oído. ¿En donde es esa supuesta cena y a que hora?

-En donde siempre a las diez

-Vale, pues allí estaré.

Si se había organizado una cena de antiguos compañeros de clase Luis tenía razón y a lo mejor Helena estaba allí. Aquella misma tarde fue por fin al peluquero y después otra vez al árbol. No había nadie y no paso ninguna chica rubia. O no estaba o no se acordaba. La hora de la cena había llegado y allí estaba Pablo con sus antiguos compañeros de clase, pero no veía a Helena por ninguna parte pero al menos se enteró de cosas

de ella. Había estudiado medicina lo cual no le sorprendía mucho porque siempre había sido muy buena en ciencias. Algo era algo, pero el que más tenía que saber era Miguel, de modo que cuando apareció en su campo de visión fue a hablar con él para preguntarle por Helena. Al parecer si que había dicho que venia pero que lo haría después de la cena que tenia cosas que hacer primero.

Efectivamente, después de la cena Helena apareció por la puerta del restaurante, pero no siempre todo se desarrolla como uno lo tiene pensado. Helena había entrado justo cuando Pablo entraba en el baño y cuando este salió se encontró a Luis y a Helena muy cariñosos. Luis le había dicho que lo suyo con Helena no había cuajado. Que llevaba tiempo sin saber de ella pero por lo que veía las cosas no eran así. Por eso no iba hasta el árbol. En ese momento los ojos de Helena y Pablo se cruzaron. Helena alzo una mano a modo de saludo para dirigirse hacia el pero Pablo negó con la cabeza y le medio sonrió encogiéndose de hombros para salir sin decir ni media palabra a la chica de la cual había estado siempre enamorado y ahora lo sabia.

Estaba lloviendo a cantaros cuando salió del restaurante, pero le dio todo igual. Comenzó a caminar bajo la lluvia camino de su casa mientras en su mente sonaba" Para Elisa" que en su caso se imaginaba que era "Para Helena". Genio. Beethoven había sido un genio. Acabó por llegar a su casa donde acabo quedándose dormido con "Para Helena".

Al día siguiente el sol brillaba con intensidad. Un nuevo día amanecía, una nueva oportunidad. Una nueva vida. La ropa aquel día era lo de menos. Cogió una hoja de su libreta y escribió una nota. Se encamino sin pensárselo dos veces hacia el árbol de la promesa y la clavó en el mismo tronco:

"Dudo que vengas. Dudo que te acuerdes. Pero aun así solo decirte que te quiero y que siempre te he querido"

Una vez hecho esto volvió a su casa de nuevo y recogió sus cosas rumbo al aeropuerto.

Pablo estaba en el medio y medio del aeropuerto sin saber muy bien porque sus pasos lo habían llevado hasta allí; bueno en realidad si que lo sabia pero prefería no pensar mucho en ello. Sus únicas posesiones eran un viejo reloj de su abuelo, un anillo que le había regalado su padre, una vieja maquina de escribir que llevaba en la mochila junto con un montón de folios, su fiel libreta azul y un estuche lleno de lápices. Tenía mil y una oportunidades. Mil y un encuentros. Mil y una noches.Mil y un países que ver. Existían un montón de destinos y posibilidades a donde ir y a donde embarcarse pero en el fondo ya sabía a donde quería ir. A donde quería ir para desaparecer y olvidarse de todo hasta que una voz conocida lo quita

de sus pensamientos haciéndolo girar.

Helena estaba ahí. Con su melena rubia, una maleta en una mano y un trozo de papel en la otra.

-Deberías aprender a ser más paciente.

-La paciencia nunca ha sido uno de mis fuertes

-Lo se y por eso no has esperado junto al árbol el tercer día completo

-De modo que si te acordabas de la promesa

-Por supuesto que me acordaba. Nunca la he olvidado.

-Pero lo que vi anoche con…

-No paso nada. De hecho cuando tú te fuiste yo también me fui. Entre él y yo nunca paso nada serio.

Pablo no sabia como reaccionar. No sabia que decir. No sabia que hacer. Las palabras eran incapaces de salir por su boca. Helena se acercaba a el lentamente mirándole a los ojos.

-¿Es cierto lo que dices en la carta?

Pablo simplemente asiente con la cabeza sin saber que contestar a eso. La respuesta, lógicamente, era un si, pero incluso una palabra tan simplemente como esa era incapaz de pronunciarla.

-Entonces bésame de una vez y demos por cumplida la promesa y olvidado el pequeño secreto.

Una sonrisa recorrió los labios de Pablo y beso a Helena después de tanto tiempo deseando en secreto y sin saberlo aquellos labios. Se separaron, se miraron y se sonrieron. La abrazó por la cintura caminando rumbo al avión donde ambos cerraron los ojos.

La lluvia comenzó a sonar contra los cristales y Pablo abrió los ojos de golpe encontrándose frente a una vieja máquina de escribir en un viejo desván. Abrió la puerta del mismo y bajo a toda prisa las escaleras. En la terraza había una chica de melena rubia sonriendo con un bebe en brazos.